

Rotellar. La disección entomológica del cine

Una aproximación personal a la figura de Manuel Rotellar, historiador, crítico de cine y primer director de la Filmoteca de Zaragoza. Su pasión por la imagen en movimiento y por el coleccionismo se reflejan en un trabajo minucioso y perfeccionista, rayano en la obsesión, sobre el universo cinematográfico: una mirada de dimensiones científicas, tanto por su estudio pionero y especializado, como por su rigor

VICKY CALAVIA*

Obsesión

Idea que con tenaz persistencia asalta la mente

El trabajo de documentalista es apasionante, complejo y singular. Cuando te acercas al tema objeto de tu estudio nunca lo haces de la misma manera, porque o bien te encuentras con una figura muy conocida sobre la que tienes demasiada información y te enfrentas al difícil hecho de buscarle la gracia a lo ya sabido, o bien tienes ante ti a un personaje que es todo un reto porque no existe apenas información sobre su vida y su trabajo. Éste fue el caso para mí de **Manuel Rotellar Mata** (Zaragoza, 1923-1984), escritor, crítico cinematográfico, actor y figura clave de la cultura aragonesa de la posguerra y parte de la democracia; fundamental en el cine aragonés y apenas conocido en su tierra, aunque muy valorado fuera de ella por sus estudios de cine internacional. Un hombre brillante que pasó desapercibido por su discreción y

humildad. Un hombre al que había que reivindicar, sacar a la luz y hacer justicia.

I. La seducción

Fue en el 2003, hace siete años, mientras preparaba *Travesía* (una exposición - retrospectiva de más de cuarenta años del audiovisual aragonés), cuando empezó mi relación con la figura de Manuel Rotellar. Había tenido noticias de él ya en los años 90 a través de Pedro Aguaviva (*Agrupación Artística Aragonesa*) y Javier Estella (*Sin Retorno Films* entonces, ahora *Nanuk P.A.*), pero fue en ese momento cuando, gracias a Carlos Pomarón -hijo del cineasta y fotógrafo José Luis Pomarón-, pude acercarme de una manera más clara a la obra -y parte de la vida- de este personaje, que desde un principio me intrigó y fascinó a partes iguales. Aquel hombre autodidacta que había llegado a ser el primer director de la Filmoteca de Zaragoza con las únicas bazas de su propia vocación, su tesón, su trabajo y su afán perfeccionista, me sedujo enormemente. Le sentía tan cercano como si le

hubiera conocido en vida y desde siempre. Dicen que la pasión por el cine crea curiosos compañeros de viaje, y es cierto, porque a partir de ese momento su recuerdo anduvo a mi lado con insistencia, y yo, en justa correspondencia, le hice un hueco en mi memoria cinematográfica y personal, que fui llenando de imágenes, datos y recuerdos que otros me contaban.

De algún modo comencé a sentirme cómplice de la historia de este hombre erudito y genial, impulsor como pocos del cine aragonés. Su historia de amor con el celuloide truncada por un tumor cerebral me impresionó profundamente: la pérdida de memoria, el desamparo casi infantil ante la hoja en blanco de su máquina de escribir, los sesteos involuntarios frente a la pantalla de cine donde iban desfilando algunas de sus películas favoritas, los paseos por la ciudad de Nueva York vestido de manera impecable, pero en zapatillas de andar por casa,... toda la fragilidad de una mente privilegiada privada de su mayor tesoro, la memoria, una cualidad que le había ayudado a realizar magníficos ensayos sobre cine, a atesorar una de las mayores colecciones de objetos del séptimo arte y a ser un archivo de datos viviente.

II. Conversaciones en un jardín

Cuanto más sabía de él, más quería seguir profundizando en su trayectoria y ponerla en valor, llegando a la conclusión de que era necesario realizar un trabajo que abarcara la ingente obra de este hombre: su labor periodística, como actor, como escritor y crítico, como programador de cine, como miembro de la tertulia literaria del café Niké, como fundador de cine-clubs en Aragón, ... enmarcándolo todo en una publicación definitiva sobre él. Empecé así mi particular carrera de fondo para recopilar sin prisa pero sin pausa todo este material, así como para buscar vías de financiación que lo pudieran convertir en una realidad tangible, más allá de mi disco duro.

Carlos Pomarón me contó que su padre y Manuel habían sido grandes amigos, me proporcionó todas las películas en las que habían trabajado juntos, el primero como director, el segundo



Rotellar leyendo en la terraza de su casa de la calle Licorera, en el barrio de San José, Zaragoza, verano de 1952

como actor, y me contó en innumerables conversaciones datos que iban arrojando luz sobre la figura de Rotellar y su amistad Pomarón. Descubrí a un Rotellar-actor concienzudo y entregado, de maneras teatrales, de impecable declamación y más que notables auto-caracterizaciones a base de un minucioso trabajo de maquillaje -buen ejemplo de ello son sus personajes en *El corazón delator* (1959), de tintes expresionistas, o en *La rosa de papel* (1982-83), donde se caracteriza de mujer-. También a un excelente y divertido amigo de sus amigos, capaz de amenizar las largas esperas de los rodajes cocinando huevos fritos, contar innumerables chascarrillos en las reuniones semi-clandestinas de cine y literatura de la posguerra o ento-

nar con increíble gracia *La bien pagá* en sus habituales francachelas nocturnas.

La relación de Manuel y José Luis era tan fraterna que resultaba muy común que el primero comiera en casa de los Pomarón con frecuencia, que viajaran juntos a festivales de cine -como a los de San Sebastián y Barcelona cuando obtuvieron sendos premios por *El rey* entre 1959 y 1960-, que pasaran largas horas discutiendo en el estudio de fotografía de la calle Zurita cómo enfocar el siguiente rodaje, o conseguir la última película para el próximo programa del Cine Club de Zaragoza o hacerse con los libros prohibidos por el franquismo sobre teoría del cine soviético. Incluso que se enfadaran como niños y dejaran de hablarse por unos días para volver luego a cenar juntos como si nada.

Carlos Pomarón es médico acupuntor, además de cineasta junto a sus amigos de *Chiribito Films* (Juanjo Lombarte y Jesús Ferrer), a los que Rotellar siempre animó a hacer cine -incluso escribió una elogiosa crítica sobre uno de sus cortos, *La Pabostria* (1981)¹-. A su consulta de las tardes, de la que yo era asidua entonces, acudía un paciente que sería clave en este camino de descubrimientos. Un día me habló de él, me dijo que si había alguien que me podía informar a fondo sobre Rotellar, ése era Pedro Esteban, modista e íntimo amigo suyo. Me lo presentó una calurosa tarde de verano de 2004, fuimos a su casa de Nuévalos, junto al Monasterio de Piedra. Recuerdo que nos recibió en el portón de entrada y que estuvimos sentados en el porche contemplando la vista de su espléndido jardín mientras charlábamos sobre Manolo. Fueron muchas visitas a partir de esta primera, muchas conversaciones registradas en un antiguo casete, mucho material que Pedro nos fue mostrando poco a poco,



Manuel Rotellar en 1961

que fuimos fotografiando y estudiando. Él, que llevaba a gala haber conseguido ser “modista” en una época impensable para un hombre, era un señor refinado, culto, cauteloso y reservado, pero se mostró muy generoso en cuanto supo la intención que me movía: poner en valor el nombre y el trabajo de nuestro admirado Rotellar. Un día me tenía preparado un antiguo magnetofón en el que pude escuchar la voz de Manolo recitando a Lorca, a Whitman y a Neruda. Fue un momento único porque le oí cantar un tango por primera y última vez aquella tarde, algo que posteriormente ya no pudimos rescatar. El aparato de Pedro se estropeó y la cinta con él. Lo llevamos a Estudios Roma, en Zaragoza, donde lo arreglaron pero no fue posible hacer lo mismo con la grabación. Recuerdo que lo primero que hice cuando por fin conseguí financiación fue digitalizar todas aquellas cintas antes de que se siguieran rayando, lo que nos permitió incluir fragmentos de su voz declamando en el documental que finalmente realizamos.

III. Los felices azares

Durante aquellos cuatro años en los que seguí entendiendo y conociendo más y mejor la personalidad de Rotellar, el contexto social y cultural en el que se movió, su pasión por el arte en general y por el cine en particular, también continué buscando apoyo económico, pero no fue posible encontrarlo en los despachos institucionales. Finalmente, por esos azares felices que a veces ocurren, movidos de algún modo por los invisibles hilos de la ilusión y la cabezonería, una luz se encendió en mi cabeza: recientemente había sido jurado del *Concurso de Guiones para Cortometrajes de la Delegación del Gobierno de Aragón*,

patrocinado por Multicaja. Allí había conocido a su director comercial, Antonio Giménez, y pensé en proponerle el proyecto completo. Recuerdo la mañana en la que quedamos en el café Praga, junto a las oficinas centrales de su empresa y el entusiasmo que honradamente demostró ante mi propuesta. Finalmente, tras más de un año de conversaciones y documentos reformulados y gracias al empeño de este “ángel de la guarda” con traje de chaqueta y corbata, el trabajo inicial se plasmó en formato de documental, dejando para más adelante el recopilatorio.

Para la realización de este audiovisual decidí contar con el apoyo profesional y humano de Nanuk P.A., José Manuel Fandos y Javier Estella, quien precisamente fue la primera persona que me habló de Rotellar, allá por el año 94, mientras preparábamos en su casa de San José las bases del I Concurso de Vídeo Minuto que organizamos desde *Sin Retorno Films*.

Comenzó un arduo trabajo de digitalización de documentos, prensa, libros, fotografías,...

Para la realización de este audiovisual decidí contar con el apoyo profesional y humano de Nanuk P.A., José Manuel Fandos y Javier Estella, que fue la primera persona que me habló de Rotellar

fueron prestando amigos y conocidos de Manolo. El rodaje de las entrevistas tuvo lugar en el Salón de Actos del ICE de la Universidad - a n t i g u o espacio de encuentros literarios, poéticos y cinematográficos- en junio de 2008. Por allí pasaron Carlos Pomarón, Pedro Esteban, Eloy Fernández Clemente, Rafael Bardají, Luis Alegre, Luis Granell, Carmen Monreal, Rosendo Tello, Alfredo Castellón, José Antonio Labordeta, Eduardo Ducay, Alberto Sánchez y Antonio Llorens. Eran muchos más los candidatos a desfilarse ante la cámara,

pero el tiempo limitado del vídeo hizo imposible incluir la larga nómina de amigos y conocidos de Rotellar. Acumulamos más de doce horas de grabación, un tesoro incalculable para un amante del cine, de las que seleccionamos finalmente poco más de 45 minutos para la edición.

Todos acudieron a la cita encantados, demostrando gran cariño y generosidad, para hablar de su amigo y admirado maestro. Algunos viajaron ex profeso hasta Zaragoza para la entrevista, como Ducay, Castellón o Llorens, con quien había ocurrido otra feliz coincidencia. Fue en Valencia, en abril de 2008, durante una cena enmarcada dentro de unos encuentros audiovisuales a los que estaba invitada como moderadora. Llorens, amigo de las organizadoras, acudió y coincidimos sentados a la mesa. Nos habíamos conocido en el festival *Cinefrancia*, en Zaragoza, y empezamos a charlar de proyectos, le conté que me hallaba inmersa en esos momentos en la producción de un documental sobre Rotellar. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando me contó que Manuel había sido su maestro en la aventura de la crítica cinematográfica, que había compartido con él innumerables horas de proyección en festivales, cientos de charlas sobre cine, decenas de salidas nocturnas, miles de momentos maravillosos y que tenía todos sus libros publicados y dedicados de su puño y letra. Al día siguiente me los trajo y viajaron en mi maleta de vuelta, junto a una cita en firme para entrevistarle en junio. Antonio Llorens, además, acudió en enero del siguiente año, 2009, haciendo malabares de tren a tren nocturno, al estreno del documental en Zaragoza, así como Eduardo Ducay con su esposa, Alicia Salvador, que tampoco quisieron faltar a la cita.

No sólo ellos aportaron material fundamental para la elaboración del vídeo, sino también otras muchas personas, entre ellas por ejemplo Conchita Fernández-Montesinos, que nos prestó las imágenes del cortometraje *Lunes* (1959) protagonizado por Rotellar y dirigido por su ya fallecido esposo, Antonio Artero. También Ana Marquesán, directora del Archivo de la Fílmoteca de Zaragoza, nos abrió sus puertas para rodar el legado de Rotellar: al fin pude ver y tocar las cajitas de cerillas reple-

tas de los fotogramas que los hermanos Sánchez Millán le habían recortado y guardado durante años, todo un mito hecho realidad ante mis ojos. Otro de los cinéfilos que me prestó su ayuda fue Ramón Perdiguier, que compartía con él la devoción por Greta Garbo y Luis Buñuel.

IV. Apuntes desde la fila 8

El documental *Manuel Rotellar. Apuntes desde la fila 8*, está estructurado en nueve episodios que van narrando a lo largo de 47 minutos las diferentes facetas de Rotellar, desde sus comienzos como mecánico en una fábrica de hilaturas en la Zaragoza de los años 50, hasta su pasión coleccionista y su archivo, pasando por el Rotellar transmisor de conocimientos y maestro, el Rotellar rapsoda, actor teatral e intérprete cinematográfico, el Rotellar más personal y amigo, el Rotellar investigador, periodista, escritor y crítico cinematográfico, el Rotellar director de la Filmoteca de Zaragoza, hasta llegar a su pérdida de memoria, enfermedad y muerte, y los homenajes y reconocimientos póstumos.

La máquina de escribir que abre el documental tecleando su nombre es la que usaba el propio Rotellar para redactar sus críticas, una elegante Olivetti que guarda Pedro en su casa. El magnetofón que va grabando sonidos sobre el asiento de la fila 8 del cine Elíseos, pertenece a la familia Pomarón, un modelo similar al de Manolo, ya que éste se había estropeado definitivamente tras la última reparación.

Cada capítulo va precedido por fragmentos del cortometraje experimental *Sic Semper* (José Luis Pomarón, 1961) que apoyan la estructura del documental. También realizamos el montaje de dos poemas recitados por él (*La canción desesperada*, de Neruda y *Oda a Walt Whitman*, de Lorca), sobre películas inacabadas de José Luis Pomarón y Emilio Alfaro. Otros fragmentos de cortometrajes de Pomarón que se pueden ver son *El corazón delator* (1959), *El rey* (1959), *El pisador de sombras* (1961), *La conquista* (1962) y *La rosa de papel* (1982-83), así como *El herrero de San Felices* (1982), de Miguel Vidal y *Musical N*

(1968), de Alberto Sánchez. El epílogo es un montaje audiovisual con Rotellar como protagonista al ritmo de una versión en clave de blues -magníficamente interpretada por Luis Ángel Villanueva- de la copla *La bien pagá* de Perelló y Mostazo.

El estreno tuvo lugar el 15 de enero de 2009, en el Centro de Historia de Zaragoza, coincidiendo con el aniversario -25 años- del fallecimiento de Manuel Rotellar. La alegría fue inmensa al comprobar el no extinto poder de convocatoria de este erudito del cine aragonés, ya que la sala estaba abarrotada minutos antes de empezar.

Luis Alegre recordó en la presentación la



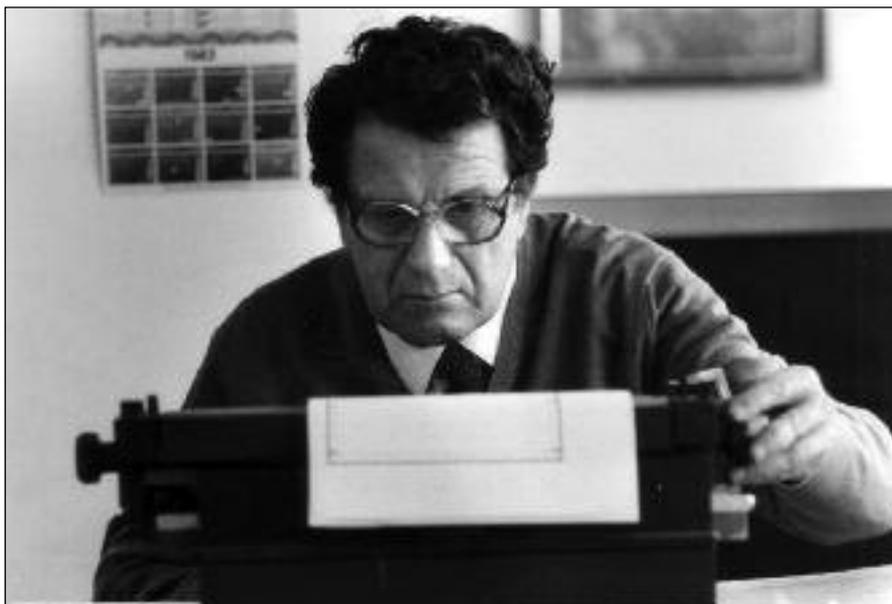
Manuel Rotellar en su estudio de la calle Licorera junto a los retratos de Greta Garbo y Luis Buñuel



Rotellar en *El rey*, de José Luis Pomarón, 1959

importancia capital de este hombre de cine, que había sido el autor de libros como *Nosferatu y Murnau* (1950), la serie para el Cine Club Saracosta: *Cine aragonés* (1970), *Aragoneses en el cine español* (1971), *Aragón en el cine 3* (1972) y *Aragón en el cine* (1973), las publicaciones para el Festival de San Sebastián: *El gato Félix, astronauta moderno* (1973), *Cine español en la Segunda República* (1977) y *Dibujo animado español* (1981). Sus artículos para revistas especializadas de cine de ámbito nacional (*Otro cine, Nueva Dimensión, Terror Fantastic, Film Guía, Mundo Hispánico, Cinema 2002, Pantallas y escenarios,*

Positivo, Cinestudio,...), e internacional (*Revista Internacional del cine y Film Forum*). Sus artículos periodísticos y críticas cinematográficas en *Equipo, Oriéntese, Amanecer, Aragón Exprés, Revista Zaragoza, Andalán, Pueblo, Disco Exprés* y *El día*, así como los artículos de su archivo personal (guardados en Filmoteca de Zaragoza). También sus estudios para la *Enciclopedia del séptimo arte* (San Sebastián-Barcelona, 1972), la *Historia del cine en sus mitos* (Madrid, 1980), *El erotismo en el cine* (Barcelona, 1983) o la serie de entradas sobre cine aragonés en la *Gran Enciclopedia Aragonesa* (Zaragoza, 1983). Fundó



Rotellar defendía que había que hacer un homenaje al mes a cada uno de los amigos, decirle lo mucho que le queríamos, y lo que nos gustaba lo que hacía, hablar de su obra, de sus cosas, y cuando se acabara la lista de amigos homenajeados, vuelta a empezar

Manuel Rotellar escribiendo en su máquina Olivetti, 1983

asimismo la productora profesional *Moncayo Films* (1962), junto a Alfaro, Duce, Monreal, Muro y Pomarón, en uno de cuyos largometrajes más célebres, *Culpable para un delito* (1966), intervino.

Yo quise recordar una hermosa anécdota que Eloy Fernández Clemente me había contado con mucha gracia y con esa voz aterciopelada que posee: Rotellar defendía que había que hacer un homenaje al mes a cada uno de los amigos, decirle lo mucho que le queríamos, y lo que nos gustaba lo que hacía, hablar de su obra, de sus cosas, y cuando se acabara la lista de amigos homenajeados, vuelta a empezar.

V. Tirando del hilo. El laberinto familiar

Al finalizar la proyección se acercó a saludarme Avilio Tofé Mata, primo de Manuel Rotellar, de cuya existencia no había tenido noticia hasta ese mismo momento. Este encuentro alimentó mi particular obsesión por completar la biografía de Manuel Rotellar, sobre todo esa faceta familiar y personal que tanto desconocía y a la que no había podido tener acceso durante la realización del documental.

A lo largo del año 2009 pensé en varias ocasiones ir a visitarle, pero por diferentes circunstancias lo fui postergando. Fue a finales de ese año, en noviembre, cuando Nacho Navarro, propietario del Cine Maravillas y uno de los responsables de la estupenda revista cinematográfica *Cabiria*, editada desde Teruel, me pidió que le hiciera un artículo sobre Manuel. En ese momento pensé en entrevistar a su primo, cita que se produjo al fin en navidades.

Paralelamente José Luis Anchelergues (Archy), director del Festival de Cine de Zaragoza, me había comentado que querían ponerle a un nuevo premio del certamen el nombre de Rotellar, para lo cual necesitaba ponerse en contacto y obtener la conformidad de su única hermana viva, Carmen. En el festival, a comienzos de diciembre, se celebró un doble homenaje a Rotellar y Alberto Sánchez en los cines Aragonia, al que acudieron Carmen y Manolita, una de las sobrinas que reside en Barcelona. Allí nos vimos en persona por primera vez y quedé con ellas en ir a visitarlas para charlar sobre Manolo.

La entrevista con Avilio tuvo lugar una tarde de sábado en su casa de Aznar Molina, junto al par-

que Bruil, estaba también su esposa, Luisa Ortego Gil. Otra feliz casualidad surgió de su mano, fue al contarme cómo habían llegado a enterarse de la proyección cuando descubrí que uno de sus tres hijos, Avilio, había sido compañero de mi mejor amiga de la infancia, Elena Fernández, en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Pero lo que yo no me esperaba era averiguar que el otro hermano, José Ignacio Tofé, era el realizador del celebradísimo y premiado vídeo minuto *Es una historia de amor* (1997), pieza que aún hoy cualquier cinéfilo aragonés de pro recuerda con entusiasmo. Pensé entonces que ese toque entre genial y surrealista era marca de la casa Rotellar.

A lo largo de una entrevista de más de dos horas, Avilio y Luisa me narraron parte de la historia familiar: la madre de Avilio, Elisa Mata Cambra, casada con Avilio Tofé, pertenecía a una familia de ocho hermanos, una de cuyas chicas, Carmen Mata Cambra, natural de Zaragoza, se casó con Manuel Rotellar, vecino de Quinto de Ebro. Tuvieron cuatro hijos: Pilar, la mayor, Rosa, Manuel y Carmen, todos nacidos en Zaragoza. La familia se trasladó en 1926 a Quinto, donde el padre ejerció de alcalde durante la República y también se hizo cargo de uno de los hornos del pueblo y de la panadería. Pilar, la más fuerte de todos los hermanos, se casó con Manuel Costa, un chico de allí, también republicano, y quedó embarazada de su hija, Manolita.

Avilio y su hermana Araceli iban a pasar los veranos al pueblo de sus tíos desde muy pequeños, y el resto de la familia -más de treinta en total- acudía al completo cuando se hacía la matacía, pues los Rotellar Mata sacrificaban al menos dos cerdos en cada ocasión. Avilio era seis años menor que su primo, Manuel Rotellar, y cuando veraneaba en aquella casa de varias plantas de la familia del alcalde, se pasaba las horas muertas leyendo los tebeos y las novelas que Manolo coleccionaba

La familia Rotellar se trasladó en 1926 a Quinto, donde el padre ejerció de alcalde durante la República y también se hizo cargo de uno de los hornos del pueblo y la panadería

por entregas. El año en que empezó la guerra civil, el 36, él estaba allí. Quinto era un pueblo republicano. El 18 de julio llegaron cuatro falangistas en un camión a la plaza mayor, se bajaron con sus mosquetones y se dirigieron al casino, desde cuyas ventanas traseras comenzaron a disparar, matando a tres hombres del pueblo y tomándolo, obligando así a que la población entera se encerrara en sus casas.

El tío de Avilio, teniente alcalde de ideología republicana, se marchó a Zaragoza a refugiarse en casa de Elisa, su cuñada, y Avilio, su marido y carnicero de profesión. Vivían en la Plaza de las Tenerías, 2. Allí permaneció escondido unos días,

pero Manuel, hombre de campo, no soportaba permanecer encerrado tanto tiempo y comenzó a salir de paseo temprano; un día de agosto, sobre las 6 de la mañana, se fue a visitar a su cuñado al Matadero de Zaragoza en Miguel Servet. Y no volvió a casa a comer. Los compañeros de trabajo del matarife le alertaron sobre la detención de su cuñado aquella misma mañana en el Matadero y él se pasó el día indagando entre sus conocidos hasta descubrir su paradero, así se enteró de que le habían llevado a la cárcel de

Predicadores -que posteriormente sería cárcel de mujeres- adonde acudió para que le dieran razón de él. Allí le contaron que a Manuel Rotellar, efectivamente, le habían detenido por la mañana y le habían puesto en libertad esa misma tarde, pero ante la insistencia de Avilio, que aseguraba que no había regresado a casa en todo el día, le mostraron un documento firmado por él en el que se afirmaba su puesta en libertad. El cuñado sabía bien que aquello era una treta que se estaba utilizando en la contienda: a los presos les hacían firmar su libertad antes de “dar el paseo” (un eufemismo que se usaba cuando iban a ser fusilados) para no dejar pruebas; los cuerpos no solían aparecer luego. Así ocurrió con Manuel Rotellar: al día siguiente

Avilio fue a buscarle por los alrededores, por las cunetas, por la tapia del cementerio, pero nunca encontró el cadáver. Se comenta que alguien del pueblo que había bajado al Matadero de Zaragoza le vio y le denunció, alguien que al parecer le debía dinero, pues Rotellar solía fiar a sus clientes de la panadería.

La mujer y los cuatro hijos, que se habían quedado en Quinto de Ebro, se fueron a Zaragoza a los pocos días, en un carro cargado con colchones y muebles. Inicialmente estuvieron un tiempo breve en casa de Avilio y Elisa, pero enseguida toda la familia se puso a trabajar y se establecieron en una casa en Licorera, 12 (barrio de San José), que actualmente ya no existe. Lo pasaron muy mal, se ganaba muy poco dinero y se trabajaba mucho. Manuel, con 13 años, y sus hermanas, entraron a trabajar en una fábrica de hilaturas, Casa Fina, gracias a su primo, que era el encargado e hijo de Felipe, hermano de Elisa y Carmen.

La mayor de los cuatro hermanos, Pilar, enviudaría al poco tiempo, embarazada aún de su hija: a su marido, el alguacil de Quinto de Ebro, le mandaron a filas, le tocó en San Gregorio, donde hubo una denuncia de su condición de “rojo” y desapareció, nunca se supo nada más; con los años averiguaron que había estado preso en Guadalajara y que le fusilaron al cabo de los meses, el 15 de noviembre del 36. Ya en la democracia, para atestiguar su condición de viudedad una vez jubilada con 65 años, Pilar lo tuvo muy difícil porque no se certificó nunca la muerte de su esposo. El padre de Avilio le ayudó en los años 80 a realizar los trámites necesarios para conseguirlo.

Manolita Costa Rotellar nació en 1936, sin padre, y quizá por eso fue criada con mucho esmero, como una señorita, con el inmenso cariño de su abuela y su tío Manuel, porque Pilar tenía que trabajar muy duro, era una mujer a la que no se le ponía nada por delante, muy emprendedora, y consiguió en poco tiempo alquilarse un piso para

Rotellar iba al cine siempre que podía, dos o tres veces por semana; sólo se gastaba el dinero en eso, y veía dos películas de 5 a 9 de la tarde en sesión continua

ella y su hija en Cantín y Gamboa.

Avilio, entre los 7 y los 12 años, pasaba dos o tres semanas de sus vacaciones escolares en la casa de la calle Licorera. Allí dedicaba las tardes a leer en la terraza, junto a su primo, cada uno absorto en sus asuntos, a tal punto que podían transcurrir muchas horas sin hablar entre ellos; no así por las noches en el cuarto que compartían para dormir, entonces Manolo le relataba las batallas de la II Guerra Mundial con todo lujo de detalles, como en una película

bélica. Algo que le llamaba poderosamente la atención a Avilio niño era lo mucho que cuidaban y acicalaban su pelo las primas, y el propio Manuel, a quien le gustaba ir bien arreglado dentro de sus posibilidades; le recuerda como un hombre elegante y pulcro.

La relación de ambos primos fue más estrecha durante los años en que el padre de Avilio -un hombre autodidacta muy aficionado a escribir poesía- fue presidente de los Amigos del Arte, la sociedad cultural que aún mantiene hoy día un local en Cantín y Gamboa. Allí hacían todos los sábados festivales y Manolo recitaba y actuaba en obras de teatro. Su primo recuerda que en una ocasión, durante la representación de *El idiota* de Dostoyevski, de la que Rotellar era el protagonista, tenía que disparar una escopeta al final de la obra, pero aquel día el disparo del corcho salió demasiado fuerte y el impacto sobre el otro actor fue brutal, se cayó tan bien que quedaron muy contentos de la actuación, hasta que se dieron cuenta que casi lo mata... y la policía fue a interrogar a Manolo a casa.

Iban juntos también al cine Monumental -en Conde Aranda, un poco más arriba de Escolapios-. Se sentaban en la general (los bancos corridos y escalonados que había detrás de las butacas, al fondo). Allí asistieron en 1937 al estreno de *King Kong* (Merian C. Cooper y Ernest B. Schoedsack, 1933), les costó 15 céntimos y compraron con lo que les sobró una perrica de cacahuets y de pilon-

gas. También acudían al Reina Victoria (enfrente del Monumental) y al Teatro Circo, en la calle San Miguel. Rotellar siempre que podía iba al cine, dos o tres veces por semana; sólo se gastaba el dinero en eso, por el mismo precio veía dos películas, de 5 a 9 de la tarde en sesión continua. Eran espacios sociales de encuentro, en el descanso vendían caramelos y chicles, se podía comer y beber dentro del cine y fumar fuera, en el ambigú. Estaban los cines de estreno y los de reestreno en los barrios, más baratos conforme pasaban las semanas desde el primer pase en cartelera. Rotellar acudía habitualmente a los segundos. En una ocasión fue al estreno de *Las zapatillas rojas* (Michael Powell, 1948), en el cine Coliseo.

La madre, Carmen, tuvo una vida muy sacrificada, al infortunio que supuso para ella perder a su marido, su casa, una buena situación y muchas de sus pertenencias, se sumó una vida llena de trabajo y escasez económica: empleaba muchas horas al día en la labor de cortar pelo de conejo para hacer prendas de abrigo, pero ganaba muy poco. Visitaba con mucha frecuencia a su hermana Elisa. Falleció en 1952, una tarde se la encontraron tendida sobre el suelo de la cocina, había muerto sola, mientras todos sus hijos estaban trabajando.

Pilar se fue a vivir a Barcelona años más tarde, cuando Manolita tenía 12 años, y puso en marcha varios negocios, nunca se volvió a casar. Rosa sí se casó: con Félix Jordán, natural de Azuara y



Rotellar imitando la figura de Cristo crucificado, apoyado en un muro en 1959

amigo de la familia; su condición de republicano le había llevado hasta el campo de concentración de Mauthausen de donde salió vivo gracias a su trabajo en las cocinas. Se conocieron por carta, se enamoraron y ella se fue a conocerlo a Francia, donde contrajeron matrimonio. Se establecieron en Castres, una población al lado de Toulouse. Tuvieron una hija, Pilar Jordán Rotellar, que se casó allí y tuvo una niña, Christel Sánchez Jordán. Ambas vinieron años más tarde a vivir a España, a Mataró, Barcelona. Manuel viajó a Castres más de una vez a visitarlas.

La que mantuvo mayor contacto con la familia Rotellar Mata fue Araceli, la hermana de Avilio - ya que él se marchó a trabajar a París de 1957 a 1967-; veía con frecuencia a Carmen y a Manolo, que vivieron juntos hasta la muerte de éste, en 1984. Ambos permanecieron unos años en la calle de La Licorera, adonde Manolo llevaba todos sus libros y revistas, hecho que provocaba más de una discusión entre ellos. Cuando se compraron otra casa en las Balsas para irse a vivir, Manuel conservó el piso de La Licorera para sus cosas, que rápidamente ocuparon todo el espacio habitable... y pasaron a llenar otro piso más en alquiler y parte de la nueva casa. Al siguiente y último piso al que se trasladaron, a comienzos de los años 80, en Las Delicias, Carmen prohibió definitivamente a su hermano llevar un solo libro más.

Manuel Rotellar trabajó en la Algodonera del Ebro tras su paso por Casa Fina, mientras colaboraba con *Amanecer* y otros periódicos, cobrando muy poco. Nunca le sobró el dinero. Su gran bagaje autodidacta hizo que sin tener apenas estudios, pues se puso a trabajar a los 13 años y sólo fue al colegio en Quinto de Ebro, consiguiera escribir con un rigor y perfección admirables y manejarse con cierta soltura en inglés y francés. Sin embargo él sentía un gran pesar por no haber podido tener una buena formación y estudios superiores, hecho

Manuel Rotellar era una persona muy discreta y hermética. En su casa apenas hablaba con sus hermanas cuando llegaban del trabajo y siempre estaba estudiando y tomando notas de libros

que trataba de compensar siendo aún más perfeccionista si cabe.

Había varios temas sobre los que nunca quiso pronunciarse, uno era la política, no hablaba jamás de la República, ni de la Guerra Civil y nunca contó en público que a su padre le fusilaron. No así sus hermanas, que hablaban abiertamente de su ideología de izquierdas. Otro tema tabú para Manuel era la religión, le gustaba, eso sí, todo lo relacionado con el arte y la arquitectura religiosa, pero nunca contó nada acerca del anticlericalismo de su padre, de quien una leyenda familiar cuenta que vertió un orinal sobre el cura de Quinto al paso de una procesión, hecho que el sacerdote prometió no olvidar.

Rotellar además fue extremadamente celoso de su vida íntima y privada en materia de relaciones sentimentales, a tal punto que su propia familia nunca le conoció pareja, ni supieron nada hasta prácticamente poco tiempo antes de su muerte.

Me contaba Avilio que otro aspecto muy importante de su personalidad era su discreción y su hermetismo, en su casa apenas hablaba con sus hermanas cuando llegaban del trabajo, siempre estaba tomando notas de libros. Con su madre se llevaba muy bien, ya que no causaba ningún problema, no se hacía apenas notar. Pero ellas no acababan de entenderle, no compartían su pasión por el cine, consideraban que sus gustos artísticos eran "raros" (en el sentido de demasiado intelectuales). Él nunca contó a su familia nada acerca de la publicación de sus libros, ni

de sus ensayos internacionales, ni de sus artículos para la GEA. Tampoco les explicó en casa ninguna película, tal y como hacía en sus tertulias de cine.

Cuando programaba las sesiones del cine club Elíseos, Avilio acudía muchos sábados por la tarde; se acuerda de ver allí *El águila de dos cabezas* (1946), de Jean Cocteau, interpretada por

Jean Marais, con quien Manuel guardaba cierto parecido de perfil. Ponían las películas en versión original y Rotellar preparaba una hoja con comentarios de los films todas las semanas. El cine se llenaba siempre. Algunas noches Avilio y Elisa iban a la A.A.A., cuyos locales estaban entonces en el Paseo Independencia de Zaragoza; allí hacían cine, teatro, recitales de poesía,... su primo era vocal de la agrupación, junto a Pomarón, con quien rodó *El rey* en un solar/basurero nada más pasar el Puente de Hierro.

También recordó Avilio que ya en los años 40 Manolo hacía fichas de las películas y las coleccionaba ordenadas en cajas de zapatos. Cuando iba a verle y curioseaba entre sus cosas, su primo sabía enseguida si le había tocado algo porque era muy metódico y perfeccionista. Admiraba a Greta Garbo, de la que tenía todo su historial en la calle

Licorera, donde había colgado un cuadro suyo encima de una fotografía de Luis Buñuel, otro de sus mitos. Esa casa se la desvalijaron entera un día, aproximadamente hacia el año 73: se llevaron muebles, cuadros, tocadiscos, ropa, libros, todo. La cerraja iba mal y no vivía nadie ya en el inmueble, que iban a derruir. Una mañana fueron con un camión y la vaciaron, a plena luz del día. Cuando Rotellar acudió por la tarde -tenía la costumbre de ir todos los días a trabajar allí- se encontró la casa abierta, destartalada y vacía. Preguntó a una amiga que trabajaba enfrente, en las oficinas de una fábrica de pinturas, y ella le dijo que unos hombres fueron con un furgón y se llevaron muchas cosas, pero pensó que eran amigos de Rotellar. Algún tiempo más tarde, paseando por el rastro del Mercado Central de Zaragoza, él mismo se encontró con sus propias revistas -reconocibles



Manuel Rotellar en su estudio de la calle Licorera, 12, observa sus estantes repletos de libros de cine

por sus notas a mano- que fue comprando de nuevo poco a poco...

Avilio me comentó que quería ir algún día a ver el archivo de su primo en la Filmoteca, él sabe que algo más de material se perdió en el camino entre sus casas y el ayuntamiento, pero desconoce cómo ocurrió.

Al terminar la charla me apostilla que en el viaje a Nueva York que hizo para impartir conferencias de cine, se le declaró el tumor cerebral: empezó a no recordar horarios, lugares, se perdía por la ciudad,... Cuando a su vuelta le ingresaron para la intervención, le cortaron el pelo al cero para entrar en quirófano y eso fue lo que más le dolió, me cuenta asintiendo con la cabeza, pensativo.

VI. Completando el puzzle

En enero de 2010 visito a Carmen y Manolita por primera vez, en el piso de Doctor Pérez Serrano (barrio Delicias de Zaragoza). Manolita ha venido desde Barcelona, ciudad donde vive, para estar con su tía, algo que hace regularmente todos los meses. Ambas tienen un trato cercano con la otra sobrina, Pilar Jordán Rotellar y su hija Christian, de quien me cuentan que ha visto en Internet el blog que abrí con motivo del documental y que quiere mi correo electrónico para contactar conmigo. Compruebo que con Avilio sin embargo la relación se ha distanciado.

Ellas, que son la familia más cercana con quien finalmente he podido hablar, me dan la oportunidad de contrastar datos que ya tenía y que sigo dándolos por buenos, pero también de poner en duda algunos otros. Carmen, cuyo parecido con Manuel es asombroso y que se conserva muy bien a sus 87 años -salvando un leve dolor de piernas- sigue siendo la mujer presumida que me habían contado, cuida su pelo y su maquillaje, como ha hecho desde siempre, al igual que sus hermanos. En su

casa hay algún cuadro de Manolo en las paredes, la GEA completa en una estantería y unas cintas de casete y VHS en el armario de la televisión, grabadas por él hace más de 25 años.

Carmen, genio y figura, me va corrigiendo o asintiendo las cosas que le voy contando, y demuestra gran curiosidad sobre el desarrollo de mi investigación. La primera diferencia entre mis apuntes y sus recuerdos es el nombre de la fábrica de hilaturas donde Manolo trabajó de mecánico de telares: es la Algodonera del Pilar, no del Ebro, me dice, antes llamada Casa Madurga (no Casa Fina), que efectivamente estaba situada en la plaza de Glorieta Sasera. Allí dejó de trabajar cuando la cerraron, sobre el año 1963: les indemnizaron a todos y él se dedicó ya íntegramente a su labor de crítico cinematográfico y periodista cultural en *Pueblo*, *Amanecer*, *El Día*,... Me cuenta que ella le ayudó económicamente porque vivir del cine era muy difícil en aquella época, aunque también daba conferencias para completar sus ingresos. Y que cuando al fin le nombraron director de la Filmoteca

de Zaragoza, con García Nieto como concejal de cultura del Ayuntamiento, enfermó y murió al poco tiempo. Su amplio legado lo donó todo al archivo, por tres millones y medio de pesetas de la época que le dieron a ella gracias a Emilio Alfaro, quien gestionó todo. Su hermano tenía dos pisos llenos de libros, discos, novelas, programas de mano, era de los que más tenían en España en materia de coleccionismo cinematográfico, pero mucho desapareció por el camino, me dice, y me preguntan qué ocurrió exactamente. También

insiste Manolita en que quiere ir al archivo para ver la obra de su tío, que le haría muchísima ilusión, porque ella recuerda un armario muy grande lleno de cajas de cerillas con fotogramas dentro, en la casa de la calle Licorera.

Manolita es una mujer que conserva la belleza de sus fotos de boda en la mirada, en sus gestos

Desde los años sesenta Rotellar se dedicó ya íntegramente a su labor de crítico y periodista cultural en rotativos como *Pueblo* y *Amanecer*. Vivir de este trabajo era muy difícil en aquella época



Homenaje a Gil Marraco. Casa de Teruel, 25-03-1980. De pie, de izda. a dcha.: Luis Alberto Pomarón, José Luis Pomarón, Manuel Moreno, ¿?, Gil Marraco, Manuel Labordeta, José Luis Madre, José Antonio Duce, Ignacio Sariñena, Luis Pellejero, Julio Sánchez, Manuel Rotellar. Sentados, de izda. a dcha.: Miguel Vidal, Raúl Tartaj, José María Sesé, Alberto Sánchez

elegantes y refinados, en su voz suave. Me repite una y otra vez que adoraba a su tío. Le tiene un amor tan diáfano y sincero que me conmueve. En la segunda visita que les hago -serán tres en total- me llaman la atención sus medias de rejilla negras, un toque inusual en su vestuario, que me gusta. Me cuenta que su tío Rotellar supuso para ella una figura paterna, un príncipe: “yo era su princesa, él un D’Artagnan que luchaba con su espada por mí”; le contaba cuentos, la llevaba a ver museos, películas de dibujos animados,... su madre estaba siempre trabajando y era él quien se encargaba de

cuidarla y educarla, para ella “su tío Manuel era el no va más, tuvimos una relación muy buena, le recuerdo con muchísimo cariño”, me dice con los ojos brillantes de emoción.

Recuerda que en el Teatro Principal hacían una función de teatro infantil los domingos por la mañana, *El Mago Nicolás*, adonde la llevaba su tío. De pronto se levanta y sale del salón, para volver enseguida con su cartera de donde saca una minúscula foto con Rotellar, del año 46. La guarda junto a la foto de sus hijos y sus nietos, como un tesoro. Me cuenta que es del día en que fueron

de excursión al Monasterio de Piedra, ella lleva un vestidito blanco y están bajo la sombra de un árbol. Viajaron allí en autocar con gente del cine y de la radio, amigos todos de su tío -ella era la única niña.- Recuerda que nada más comer él se puso a pedalear de pie, en el sitio, como un dibujo animado, y cuando le preguntaron divertidos el porqué contestó “para que me quepa más comida”. Manolita me dice que siempre estaba de broma, que era muy amable, aunque al mismo tiempo muy formal y serio: en ocasiones cuando el tema de una conversación no le interesaba, se aislaba, era como si no estuviera en la habitación, como si desapareciera.

Iban mucho al cine, a ver las películas de Charles Chaplin y Greta Garbo. Recuerda que tomaba notas en la oscuridad y que ella se asombraba de que viera bien para escribir. También me cuenta que grababa las bandas sonoras de las películas.

Iba mucho al cine con su sobrina a ver las películas de Charles Chaplin y Greta Garbo. Tomaba notas en la oscuridad y ella se asombraba de que viera bien para escribir en la penumbra

Que le gustaba recitar poesía en casa, que lo hacía muy bien y que a ella se le caía la baba, puesto que todo lo que él hacía le parecía estupendo.

Tanto le quería que en una ocasión, cuando fue a

verlo actuar en una obra de teatro, armó un escándalo tremendo en el patio de butacas pensando que a su tío le mataban de verdad sobre el escenario. Recuerda con nitidez que él hacía de un policía al que le raptaban la hija. En una escena final Manuel estaba sentado en un sillón fumando en pipa, el raptor entraba por la ventana para matarlo, pero la pipa tenía espejos y le veía a tiempo, disparándole él primero. Manolita se puso en trance cuando vio que a su tío le iban a atacar a traición



Rotellar durante un recital poético, declamando ante un público numeroso, en los años 70

y saltó del asiento gritando a pleno pulmón: “ti-í-co, ti-í-co, que te van a matar”, para avisarle.

En la primera visita me muestran un álbum de fotos que hizo Manolita con su esposo, Jesús, al morir Rotellar; me cuenta que lo construyó “al revés”, de la muerte al nacimiento, y que hizo dos idénticos, uno se lo quedó ella y otro fue para su tía Carmen. Ese mismo día descubre que su tía tiene más fotos de él en Nueva York que no conocía, y en la siguiente visita, cuando me trae su propio álbum desde Barcelona, compruebo que son álbumes parecidos pero diferentes, que muestran fotografías inéditas hasta entonces para mí.

En la siguiente visita Carmen saca una cajita



Manuel Rotellar durante su estancia en Nueva York, a comienzos de los años 80

llena de fotos familiares pequeñas. Allí le pongo cara a José María Fustero, íntimo amigo de Rotellar emigrado a Washington en los años 40 y posteriormente a Nueva York; veo las fotos más divertidas de Manolo con sus amigos y amigas, o posando con las chicas que tenía a sus órdenes como capataz de los telares. También fotos de sus tertulias en el café Niké con Miguel Labordeta haciendo ambos el indio, entre grandes risas. Descubro con emoción el armario de las fichas y fotogramas en la casa de la Licorera; veo el acuerdo de adquisición del archivo Rotellar; el momento en que Carmen, Pilar y Manolita van a recoger la Medalla de Oro al Ayuntamiento (octubre de 1984), junto a Antonio Saura y una famosa jotera.

Me cuentan que la medalla se la impuso el entonces alcalde de Zaragoza, Ramón Sainz de Varanda, quien también padecía un tumor cerebral en el momento en que les dio este mérito póstumo para Rotellar.

Me cuenta Carmen que a su hermano le tenían envidia y celos ya desde pequeño, cuando recogía cosas de cine para sus colecciones, que era listísimo y muy buena persona, por eso también había gente que le quería. También que tenía una voz muy bonita, sabía cantar estupendamente tangos y boleros -y lo solía hacer en casa-, y que ellos convivieron prácticamente toda la vida. Afirma que era de izquierdas, como sus amigos, los Labordeta. No era religioso, pero tampoco hablaron nunca del tema, era muy reservado y no le gustaba darse a entender. Cuando enfermó estaba escribiendo un libro sobre Buñuel que no pudo acabar. Me dicen ambas que podía haber dado mucho más de sí si no hubiera muerto tan prematuramente.

Manolita estuvo viviendo en Zaragoza hasta los 12 años de edad, luego su tío fue a menudo a visitarlas a Barcelona. Le gustaba ir al mercado de San Antonio, donde los domingos vendían fotos, novelas, libros, prospectos, que él solía comprar. Cuando iba al festival de Sitges se quedaba también en su casa a dormir.

Fue su padrino de boda. En esa segunda visita me trae otro álbum más, el de las fotos de su boda, allí está con su tío, dentro del coche, andando hacia el altar, en la puerta de la iglesia, y por unos momentos tengo la sensación de que el novio es él, hacen tan buena pareja que es imposible no pensar eso. Ella me corrobora que al ver las fotos todo el mundo comenta lo mismo. Acto seguido me cuenta cómo la enseñó a bailar subida a sus zapatos, siendo una niña.

Ese día les llevo un reproductor portátil de dvd y vemos juntas el documental. Cuando salen las imágenes de *El rey* Manolita comenta que es la película que más le gusta de él, en cambio que no soporta verle en *La rosa de papel*, algo que compruebo cuando llega el momento en que sale un fragmento de este corto y ella aparta la vista, aduciendo que no puede verlo así, vestido de mujer, ni

en las fotos que tiene en casa, que le produce una impresión tremenda.

Ella supo por Emilio Alfaro que su tío estaba enfermo: él le contó que en las cenas que hacían en su casa de campo se quedaba dormido en la mesa y eso le hizo pensar que le ocurría algo, hecho que corroboró cuando viajaron a Nueva York y advirtió que el atuendo impoluto de Rotellar se completaba con unas descuidadas zapatillas caseras. Y que cuando deambulaba desorientado y solo por la ciudad no se perdió porque el azar hizo que se encontrara con su viejo amigo Fustero, que le llevó a su casa. Ya en España ella quiso que un médico amigo de Barcelona viniera a visitarlo, y así lo hizo, aunque finalmente le operó un neurocirujano compañero de Alfaro. Manolita venía todas las semanas a verle al hospital. Casi en un susurro me dice lo mucho que le afectó a su tío que le raparan el pelo y cómo murió cogido a sus manos, algo que recuerda como si fuera ayer.

En la tercera y última visita me dice lo que su madre Pilar le contaba: cuando había bombardeos en Quinto de Ebro Manuel corría a cogerla para llevarla al refugio la primera.

VII. De Facebook a Mataró, pasando por Castres

La penúltima coincidencia feliz de esta apasionante reconstrucción es comprobar cómo nada es lo que a uno le parece. Yo, una absoluta incrédula de las redes sociales, constato con sorpresa su utilidad: encontrar a personas remotas y desconocidas.

El 3 de marzo recibo en mi correo un mensaje desde facebook de Christel, sobrina-nieta de Manuel Rotellar, por parte de Rosa. Me cuenta que se ha ido enterando por la red de la existencia del documental, que su tía abuela Carmen le va contando cosas y que por medio de Carlos Gurpegui (amigo y compañero en estas lides del cine) me escribe para comprar una copia y regalársela a su madre Pilar, a quien sabe que le hará mucha ilusión. Resulta que Pilar, una mujer que en foto me resulta muy simpática y resuelta, también está en facebook, la hija me pasa su dirección y

seguimos nuestra conversación vía email.

Pilar Jordán Rotellar me relata la historia familiar de su madre Rosa (1916-2000): su infancia trabajada pero feliz en Quinto de Ebro, la guerra y los fusilamientos, el cambio drástico de vida en Zaragoza, la posguerra y el trabajo en la fábrica textil, lo duro que fue todo.

También me dice que Rosa le contaba lo inteligente que era su hermano Manuel, que ya destacaba por su interés en la lectura. A su abuela Carmen no la llegó a conocer, pues Pilar nació en 1956. Su madre se casó en 1954 en Francia, tras cartearse con un hermano de sus amigas, refugiado allí después de la guerra civil, del que se enamoró -“como pasa hoy con internet”, me dice-. Vivieron dos años en un pueblecito al sur de Francia, donde nació ella. A los ocho meses se trasladaron a



Manuel Rotellar en un momento de la película *Culpable para un delito*, Moncayo Films, 1966

Cuando le nombraron director de la Filmoteca de Zaragoza, con García Nieto como concejal de Cultura del Ayuntamiento, enfermó y murió al poco tiempo. Su legado lo donó a este archivo fílmico

Castres, donde pasó una infancia muy feliz con sus padres. Félix, su padre, no podía ir a España por ser exiliado de guerra, sin

embargo se arriesgaron en 1959 y viajaron a Zaragoza, ella era muy pequeña pero se acuerda del alborozo y la acogida familiar. Fue entonces cuando conoció a su tío Manuel. En las sucesivas visitas que hizo a la ciudad, ya sólo con su madre, se quedaban siempre en la casa de sus tíos Manolo y Carmen, que vivían juntos en Licorera, 12. Él era muy cariñoso, le enseñaba cuentos, tenía la casa repleta de libros y le encantaba todo lo que se refería al cine fantástico y de terror, algo que a ella le impresionaba. Le hizo descubrir también algunas películas de Disney, como *101 dálmatas* (1961).

Un verano, cuando Pilar tenía 11 años, pasó tres semanas con ellos en su casa de Castres. Fueron juntos a un cine, el Lido. Entendía el francés perfectamente, pero no lo hablaba ni lo escribía. Paseó mucho con él, también le acompañaba a comprar libros.

Su madre sentía admiración por él y para ella. Siempre significó un punto de referencia, ya que siendo autodidacta llegó a tener grandes conocimientos sobre el cine y el arte. Siempre que escribía algún libro se lo dedicaba y la animaba a estudiar.

Pilar, que no tuvo hermanos, se vino a vivir definitivamente a España con 21 años, reside en Mataró (Barcelona) y trabaja como profesora de francés.

VIII. Papeles rescatados

El domingo 7 de marzo, en plena redacción de este artículo, ocurre el último, por el momento, hecho feliz: me llama Javier Estella para contarme que está desmantelando su casa de San José -aquella en la que me habló por primera vez de Rotellar mientras preparábamos un festival de cine- y que ha encontrado varios recortes de prensa sobre él que me guarda. Quedamos esa misma noche y me los pasa. En un bar decorado con duendes y regentado ahora por un joven chino muy amable, me dice que esa tarde se ha reencontrando con recuerdos guardados durante casi veinte años, viejos guiones, antiguas cartas, fotografías,..., con sus propios retazos de colección de vida. Pensaba tirarlos pero ha cambiado de idea y abre su cartera para enseñarme decenas de hojas escritas a mano, revueltas entre un portátil, en el que me muestra el último trabajo que está realizando, pero me confiesa que lo que a él le gusta no es eso, sino "otras cosas", mientras va sacando folios amarillentos y rotos, garabateados con manifiestos de cine.

Yo pienso en Rotellar y le imagino espiando sus papeles por encima del hombro, mientras los mete en cajas de embalaje, susurrándole que no tire nada, que guarde todos sus tesoros, no sea que un día tenga que acudir al rastro para recuperarlos.

**Vicky Calavia es documentalista y programadora de cine*

(1) Rotellar, Manuel: "Pabostria, film independiente". ARAGON EXPRES, Zaragoza, 16-II-82.

Rotellar, Manuel: "Renace el cine aragonés en pequeño formato". EL DIA. Zaragoza, 14-XI-82.